

azulados reflejos, anudado, á la antigua, por detras le daba un aspecto altivo y orgulloso.

A la admiracion que despertó en mí, sentí mezclarse una impresion indefinible.

A pesar de su frescura, no vacilé en creer que su salud no solo estaba alterada, sino seriamente comprometida; sus labios eran de un color de rosa muy bajo y un tinte nacarado velaba su rostro angelical.

Fijó en mí sus miradas investigadoras, como desafiando mi ciencia.

Despues del interrogatorio de costumbre, prescribí un medicamento y la Srita. d' Estanges no pudo contener una sonrisa.

Se burlaba de mí!

—No creis en la medicina? le pregunté.

—No mucho, me contestó con aire placentero, y vos?

Me quedé sin saber que decir.

Quise descubrir la causa de su mal, quise curarla.

Primero traté de conocer la posicion de esa jóven.

Vivia con su tia, qué cosa mas natural? Los marqueses d'Estanges sus padres habían muerto muy jóvenes y ella se encontró bajo el cuidado de su pariente mas próximo.....su posicion, pues, era clara como la luz del dia.

Tia y sobrina vivian en la calle del Oeste; en un entresuelo alegre, confortable y que en el estío se trasformaba en una casa de campo: las ventanas que daban al jardin solo estaban separadas de vastos campos cubiertos de flores, por unos escalones cubiertos de yedra. En el fondo de este jardin, ó mas bien dicho, de éste gran bosque, se perdía entre los verdes y nudosos brazos del espino una puertecita que daba á la calle. Nada mas riñeño que esta mansion; parecia que se debía vivir allí en una calma inalterable y que nada podría entristecer la existencia de María: sin embargo, era resaca de algun gran sufrimiento moral.

¿Qué misterio se ocultaba en esta existencia tan quieta en apariencia? Allí habia algo incomprensible, un secreto que yo estaba resuelto á conocer.

III.

Para descubrirlo era preciso internarme en la casa.

Con fuerza de cuidados logré obtener la intimidad de las Sras. d'Estanges, y pronto estuve en aptitud de apreciar el noble carácter de María.

La simpatía que me inspiró al principio se cambió pronto en afeccion; el médico se convirtió en amigo y seguia con avidez el desarrollo de un mal cuyo diagnóstico lo preocupaba tanto.

El mal crecia, María cambiaba á cada momento; la blancura de su tez se habia trasformado en una palidez mate y la viveza de su mirada se tornó en relámpagos calenturientos.

Frecuentemente, sin que ella lo notara; la observaba, veia contraerse todos los músculos de su rostro, su respiracion fatigosa agitaba su pecho é imprimia á sus miembros lijeros temblores. En esta crisis evitaba que la vieran; cambiaba de lugar y caia en una postracion de que le era imposible salir.

Yo veia todo esto y era impotente para aliviarla.

Vuelto á mi casa, pasaba gran parte de la noche con mis libros, los hojeaba esperando encontrar alguna luz que me guiara, que me ayudara á aliviarla; ¡trabajos inútiles! ¡los libros nada dicen, amigo mio, la ciencia está en la vida!

Un dia en que prescribia uno de esos medicamentos inofensivos que emplea el médico honrado cuando no puede curar y no quiere asesinar.

—Vamos, me dijo con buen humor, tomadme el pulso doctor.

Se sonreia pícaramente; pero esa sonrisa se desvaneció bajo la tristeza de mis miradas que se fijaban en ella.

—Y si os curase, os admirarias, no es verdad?

—Y vos tambien?

—Tambien, pero no me ayudais.....

—Qué puedo hacer?

—Podrias confiar en mí.....ser expansiva.....decirme quizá.....

—Cual es la causa de mi mal. Ah! doctor yo debo deciroslo? he aquí una estraña pretension de un médico, confesadlo.

Comprendí que no obtendria de María ninguna confidencia.

Entonces llevé aparte á la Sra. d'Estanges y le pregunté si no sospechaba que su sobrina tuviese algun pesar.

—De donde os viene esa idea doctor? me dijo. Qué pesar podría entristecer á María? la llevo al teatro, al baile, nada le rehusó: es la muchacha mas feliz que conozco: además no sé que esté triste.

Nada conocía la pobre muger; las sordas tempestades que minaban el ser de su sobrina, le pasaban desapercibidas, á ella que no era nada perspicaz.

—Perdonad, le contesté, la indiscrecion de mis preguntas; no veais en ellas mas que el cumplimento de un deber. No creis que?.....

—Qué queréis que crea?

—La Srita. d' Estanges tiene veinte años, no es verdad?

—Veinte y dos.

—Veinte y dos, sí, bien. No es la edad en que las jóvenes tienen la imaginacion viva.....el corazon.....?

—Permitidme, Dr., que os diga, me interrumpió con gazmoñeria, que los pesares de la juventud no se ven nunca en las mugeres bien educadas.

—Sin embargo.....

—Sí, sin duda, hay excepciones; pero esta no es una de ellas; os lo aseguro. Y continuó sonriendo: en la primavera, en mis posesiones de Turina donde he pasado un mes, se nos presentó un joven noble, rico, que bajo todos conceptos, parecia muy bien y recibió la palabra de matrimonio. Cuando volvimos á Paris supe que este joven llevaba una vida desordenada; no se si su mala reputacion llegó á oídos de María; pero sin decirle yo nada me manifestó deseo de permanecer soltera y me juzgué feliz con esta resolucion.

Si mi sobrina hubiera tenido algo que la entristeciera no me lo habria ocultado; no me gusta contrariarla; ella lo sabe bien. Ademas, no conoceis á esta criatura? Está dotada de gran juicio y no puede tener deseos que temiera manifestar. Ya lo veis nada hay de novelesco y habeis soñado.

Me quedé pensativo.

Entró María.

—El Dr. cree que el ejercicio á caballo me será provechoso, dijo, no me habia resuelto á obedecerlo; pero me he decidido y si lo permitis le suplicaré me acompañe mañana á dar un paseo por el lago.

Pronunció estas palabras con algun desenfado, con cierta espresion. En este momento sufría mucho y este antojo repentino debia tener otro motivo que el que habia manifestado.

—Con mucho gusto, contestó la Sra. d' Estanges, Podreis ir? preguntó dirigiéndome la palabra.

Acepté.

Algunas horas despues, sin hacer ninguna pregunta y solo por casualidad, debia descubrir el secreto que absorbía todo mi pensamiento.

(Continuará.)

FABULAS.

Los tiempos anormales.

A JOSE ROSAS.

Dijo un tordo en un club todo de tordos:

—Señores, hé aquí el quid: no estamos gordos.

—Busquemos una troje, dijo uno.

—Las trojes estan lejos, objetaron.

—Volemos al trabajo.

—Ese consejo

Es como el preopinante, tonto y viejo.

—¡Pronunciémonos!

—¡Viva! murmuraron.

Y los tordos al fin se pronunciaron.

*Ya ves, lector, que en tiempos anormales
Se pronuncian tambien los animales.*

Facundo.

A José C. de Cuellar.

LOS LABRADORES Y LAS RANAS.

De una oscura tormenta los horrores

Miraban consternados

Los pobres labradores,

Pensando con dolor en sus sembrados;

Y en tanto, no lejanas,

De un lago en la ribera,

“¡Qué buen tiempo!” exclamaban unas ranas,

“¡Qué hermosa tempestad se nos espera!”

Tambien ¡oh buen lector! los revoltosos,

Si ven que asoma la discordia impía

Y escuchan del país los angustiosos

Gemidos de agonía,
Se llenan de alegría
Con esperanzas vanas,
Y saltan de placer como las ranas,
Exclamando con risa lisonjera:
¡Qué hermosa tempestad se nos espera!

José Rosas.

MIS RAREZAS.

SONETO.

Yo debo ser un ente indefinido,
Pues de rarezas mil estoy dotado,
Cuando me hallo despierto estoy callado
Y hablo á mis anchas cuando estoy dormido:

Cuando intento reir doy un gemido,
Estoy inquieto cuando estoy sentado
Y asiento busco cuando estoy parado,
Siendo en todo un fatal contrasentido.

Cual mi razon mi suerte es una loca,
Que me alarma, me aburre, me embaúca,
Y á veces hasta á risa me provoca;

Pues todo en mí se invierte y se trabuca,
Tanto que si me caigo y doy de boca
Lo que me hago pedazos es la nuca.

Leon, Febrero 21 de 1870.

Juan Martin del Campo.

EL DIAGNÓSTICO

[CONTINUA.]

IV.

Estaba una noche á la cabecera de un enfermo: al volver á casa, como siempre, pensaba en María é iba de tal manera distraido que, sin pensarlo, me paré; tal vez hubiera permanecido mucho tiempo en el mismo lugar si no me hubiera sacado de mi sueño el ruido brusco que se produjo al abrirse una ventana del café Riche, delante del que me encontraba.

En medio de una nube de humo vi aparecer una muger de tez morena, cabellos crespos, y ojos claros, y á su lado un hombre como de treinta años: sobre su frente de color terroso que revelaba un pasado borrascoso, caía un bosque de cabellos negros: sus mejillas coloreadas revelaban una noche de insómnia y una ardiente calentura; su boca era de Baco, sus dientes pequeños, y sus labios gruesos y rojos: ese hombre era la imágen viva, consumada del libertinaje.

—Que haces allí? me gritó inflando la nariz, para llenar sus pulmones con el aire matinal.

En el interior de la sala se oía ruido de voces y de vasos que chocaban.

—Si no buscas los placeres, eres un bestia, continuó, pasando su brazo por la cintura de la muger que estaba cerca; el flexible cuerpo de esa criatura seguía el impulso de aquel brazo vigoroso, con la movilidad de la serpiente.

—Sueñas con tus amores, contemplando las estrellas? Cuidate del amor, es como el diablo, no suelta á los que ha cojido.....

—Si en efecto eres amante, continuó estrujando un ramo de rosas marchitas que arrojó á mis piés, traenos esas flores; beberemos por tu amor.....

Aquella ventana parecia la puerta del infierno.

Seguia mi camino, cuando de repente, sentí que me tocaban un hombro suavemente, volví el rostro y me encontré con uno de mis clientes, llamado Pol, jóven observador, inteligente, que me habia hecho grandes servicios.

—Venid, me dijo, en vuestra posicion es preciso saber de todo: quiero
TOMO I. 13.

enseñaros una cosa que estoy cierto no habeis visto nunca: no hagais caso del modo con que os han visto por primera vez y venid á ver ese muchacho; es un tipo, una mezcla inaudita de poesia, de entusiasmo y de sentimientos viles.

No pude rehusar; me arrastró al gabinete donde estaba su sociedad.

Nada podria dar una idea exacta del espectáculo que se presentó á mi vista.

En un rincon sentados á una mesa, estaban dos jugadores inclinados uno al otro, raspando con las uñas el tapiz verde, sin aliento; terminaban una monstruosa partida que debia tragarse el porvenir de cualquiera de ellos.

En otro rincon se veia una muger echada sobre un sofá, allí se habia dormido; una masa de cabellos rubios tiraba su cabeza hácia atras; en una mano que tenia colgada se veia todavia una copa de champaña que volteándose, escurria aun sobre su vestido; en la otra tenia un cigarro.

En la mesa sobre la que quedaban los restos de una cena, ví, primero á un grande inglés que debia estar atacado del pecho; un muchacho de diez y seis á diez y siete años y otro convidado que muy bien tenia seis lustros, un viejo cuyos pesados párpados caian sobre los muertos ojos; la edad defendia sus derechos; la vejez no puede pasarse sin reposo.

La muger morena, de pelo crespo tenia una criaturita enfermiza, delgada, pálida, cuya boca sin lábios, nariz aguda y ojos redondos la asemejaban á una ave de rapiña.

—Querido Noël, dijo Pol dirigiéndose al hombre que se habia asomado á la ventana, os presento al Dr. Philibert, un sábio.

—Ese platillo no estaba anunciado! gritó la morena.

—Un sábio!...es raro en los tiempos que corremos, dijo otra.

—Raro y sin demanda!, le contestaron.

—Cuanto valor! murmuró el viejo despertándose.

Noël debia ser el anfitrión.

—A la salud del Dr! dijo levantando su copa.

—Viva! oh! oh! hurrá! gritaron los convidados imitándolo.

—Godamn, interrumpió el inglés, para vos trabajamos señor, y si aun no estamos muertos ó por lo menos enfermos, no es culpa nuestra.

En esta orgía, Noël estaba en su elemento; y mientras los demas aletargados, fatigados, sueñambian, él, lleno de vida y fuerza parecia desafiar al mas consumado libertino.

—Sí,...hay alguna distraccion, dijo la morena; pero cuando Noël piensa en su paloma, se atonta; pues así como le veis, señor, se hace la ilusion de suspirar por una señorita del gran tono. Qué decis de eso? Cuando uno no es amado debe tomar su partido; si no viene la estupidez.

Noël hizo un movimiento de impaciencia.

—Es soñador, continuó ella, á mí por ejemplo, me ha tomado porque tres segundos tuve los ojos como la muger que ama; no es mucho este?

Noël le dirigió una mirada amenazadora que queria decir: Cállate.

—Que amable, dijo ella por toda contestacion, y luego continuó: ¡amar á un espectro!

—Silencio! gritó Noël con voz atronadora, levantándose y arrojando en la mesa su copa, cuyos pedazos salpicaron á todos; y poniéndose la mano sobre el pecho como si quisiera arrancarse el corazón:

—Oh!...María!.....murmuró con rabia.

—María.....repetí.

—La conocéis? me preguntó Pol.

—Canozco una persona de ese nombre; pero, sin duda, no es ella de quien se habla.

Los convidados se habian levantado y salian dejando en el gabinete á los jugadores y la muger dormida.

—Esta tarde en la cascada! convenido! dijo Noël á sus amigos.

Mi cliente insistia.

—De qué María hablais?

—De la señorita d'Estanges; yo la curo.

—Está enferma?...exclamó Noël, lanzándose á mí.

—Se muere, le contesté, y se quedó clavado en su asiento.

Me alejé rápidamente.

Este era el hombre que amaba á María; estaba correspondido por ella? hé aquí lo que era preciso saber, pues si así era todo estaba explicado: en este caso no eran sufrimientos, sino torturas lo que debia padecer.

V.

En la tarde acompañé á María á su paseo.

Al llegar al bosque corrió tan precipitadamente, que por mas esfuerzos que hice, no pude alcanzarla; pasó el lago y el Pre-Catelan, siguiendo siem-

pre con gran velocidad: su caballo era fogoso; ella lo acosaba y el animal volaba, por decirlo así. Querría escapárseme? Me horrorizaba de pensarlo.

En la calzada que conduce á las carreras hay un café-restaurant.

Llegados allí, María despues de haber echado una rápida ojeada á la casa, se internó entre los árboles que la cubrian y se paró.

Le hice algunas observaciones por su conducta.

—Nos quedaremos aquí un momento, me dijo, quiero descansar.

Las luces del café se veian por entre los árboles y nuestras sombras se proyectaban en la arena; pero no podiamos ser vistos.

Se oia un ruido confuso de voces; conocí que María queria escuchar y me hice disimulado.

Se oyeron distintamente algunas palabras; reconoí en la voz que las proferia la que habia oído en la mañana y recordé que Noël habia citado á sus compañeros para esa tarde, en la cascada: Pero.....María que venia á hacer allí?

Se acercó á la casa, sin cuidarse de mí, inclinó el cuerpo, extendió el cuello, y escuchó con avidez las palabras que el aire le traia.

Momentos despues se calmó el ruido general y solo se oyó la voz de Noël, ya no llena y poderosa como en la mañana sino opaca y lenta como la de un ébrio.

Le escuché estas frases.

—.....No habia gas.....era de día.....habia sol en el que la naturaleza se recreaba voluptuosamente.....habia muchas flores.....flores de aromas esquisitos.....la primavera derramaba sus encantos.....sus ojos revelaban mucho amor.....una pasion.....pasion furiosa se apoderó de mí ser.

Algunas carcajadas apagaron estas palabras.

—Alejémonos, dije á María y anduve un poco creyendo que me seguiría: no se movió.

Noél continuó con entusiasmo.

—Me fastidiais!... y cómo no? qué muger no se ha doblegado á mi voluntad?.....y esta quiero arrancármela del corazon....y es imposible.....peor para ella.....la necesito y será mía.

Temblé y María hizo un movimiento de horror.

Venid, venid, le dije alejándome.

(Continuará.)

LA VIDA.

Ví una flor que su broche en la mañana
Del céfiro á los besos entreabría;
Era la flor mas bella y mas galana
De cuantas flores en el prado había:

Su cáliz encerraba

Un ámbar suave, como el suave aliento
De la muger al corazon querida,
Cuando llena de amor y de ardimiento,
En el beso primero dá la vida.....

Verla otra vez ansiaba:

Por la tarde volví; mas ¡pobrecilla!

La tocó el vendabal con mano yerta.....

Yo ví caer su postrimera hojilla.....

Mi predilecta flor encontré muerta.

Al caducar el dia

Ví un celaje blanquísimo y hermoso;

Como del cisne la nevada pluma,

Que atravesaba el éter espacioso

Cual cruza el lago la flotante espuma.

Mas bello aparecía

De formas al cambiar á cada instante,

Que á cortejar tal vez se preparaba

A la luna que espléndida y radiante

En el lejano oriente despuntaba.

Acaso distraido

Bajé los ojos á mirar el suelo;

Mas el suelo no bien mirado había,

Cuando de nuevo contemplando el cielo;

Ví que el celaje hermoso no existía.....

Lo mismo he comprendido,

En medio de mi horrible sufrimiento;

La vida á que el mortal tanto se apegaba,

Solo es celaje que se lleva el viento,

Flor que jamás hasta la tarde llega.

Guadalajara, Diciembre de 1870.—Celso G. Cevallos.